LOS DERECHOS HUMANOS Y LA MISION DE LA IGLESIA

Ronalds Muñoz, ss. cc.

En nuestros días se habla mucho de los derechos humanos, en nuestros países latinoamericanos y a nivel internacional. La actualidad del tema puede deberse a hechos nuevos y a una nueva sensibilidad de la opinión pública; pero puede ser también fruto de la propaganda ideológica, desatada por intereses políticos bien determinados, o simplemente, expresión de una moda pasajera como tantas otras.

La misma Iglesia católica ha venido acumiendo el lenguaje de los derechos humanos, en su predicación y en sus documentos, y más aún, ha sostenido acciones de defensa efectiva de personas o sectores sociales cuyos derechos considera atropellados. Para quienes conocen la historia de las luchas de la Iglesia, desde el siglo XVIII, contra las corrientes racionalistas y liberales que proclamaban "los derechos del hombre y del ciudadano", esta postura actual de la Iglesia puede resultar sorprendente, o ser interpretada como una adaptación superficial y oportunista. Parece normal que la Iglesia defienda los "derechos de Dios" y que reivindique la libertad para su propio ministerio religioso; pero resulta extraño que ponga el peso de su autoridad espiritual en la defensa de los mentados derechos humanos, siendo que muchos de éstos se refieren a aspectos bien materiales de la vida y algunos de ellos a aspectos políticos. ¿Qué tienen que ver, se pregunta, estos problemas tan materiales y conflictivos con la misión de la Iglesia, espiritual y reconciliadora? Frente a tales dudas, la misma Iglesia responde, por boca de su más alta autoridad, que "la promoción de los derechos humanos es (para ella) una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio" (1). Esto significa que la Iglesia no sólo está defendiendo de hecho los derechos humanos, sino que considera que debe hacerlo, como una tarea central suya, por fidelidad a su propia tradición religiosa.

En los párrafos que siguen, quisiera ofrecer en forma sumaria los fundamentos bíblicos de este ministerio de la Iglesia en la promoción de los derechos humanos, mostrando al mismo tiempo el contenido y el modo originales de dicho ministerio (2). Espero que los seis principios que formulo a continuación, con la explicación que les sigue, puedan servir a la reflexión de comunidades y grupos cristianos.

(1) PABLO VI y el SINCDO DE LOS OBISPOS, Roma, 1974.

(2) Para una perspectiva histórica y una más amplia fundamentación teológica, remito al documento de la COMISION PONTIFICIA JUSTICIA Y PAX "La Iglesia y los Derechos del Hombre" (Roma, Diciembre de 1974).

1. LA FE CRISTIANA NO PUEDE SEPARAR LOS DERECHOS DE DIOS DE LOS DERECHOS DEL PROJIMO

El contenido más medular de la fe cristiana es el amor que Dios ha mostrado por nosotros, concretamente, a través de una serie de actuaciones salvadoras que culminan en la historia de Jesucristo. Allí, y allí solamente, se nos ofrece la plenitud del sentido, de la libertad y de la vida. Consecuentemente, la primera exigencia que nos trae esta gracia del amor de Dios por nosotros, es que nosotros amemos a Dios, ~~XXXXXXXXXX~~ sobre todas las cosas, como el único absoluto de nuestra vida. Pero este mandamiento es inseparable del otro: "amarás al prójimo como a tí mismo"(3). El mismo Dios que libera a su pueblo y hace alianza con él, ha ligado indisolublemente sus propios derechos a los derechos de los demás hombres, y los mandamientos de la Ley de Dios no nos piden otra cosa que el respeto efectivo de tales derechos(4). Esta ligazón no viene de una voluntad de Dios puramente arbitraria: es la necesaria traducción en el plano de nuestra conducta moral, de quién es Dios y quién es el hombre para Dios. Dios que ha creado al hombre "a su imagen"; que ama y quiere liberar a nuestros semejantes juntamente con cada uno de nosotros; que "en la plenitud de los tiempos nos ha enviado a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley... para hacernos hijos"(5). Por eso, "si alguno dice 'Yo amo a Dios', y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve"(6). Y "si uno tiene bienes del mundo y ve a su hermano en necesidad, y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?"(7). Por eso se nos advierte que el criterio con que, en definitiva, será juzgada nuestra vida entera, será el de nuestro amor efectivo en el servicio de nuestros semejantes que padecen necesidad(8).

2. LA IGLESIA, POR FIDELIDAD AL DIOS DE JESUCRISTO, DEBE DEFENDER LOS DERECHOS DE LOS POBRES Y LOS DESVALIDOS

Lo que acabamos de recordar nos compromete como cristianos con todos los hombres y con todo hombre, por el solo hecho de serlo. Pero esta afirmación podría quedar como principio universal abstracto, expuesto a ser utilizado para legitimar nuestros propios derechos y los de nuestro grupo, ^{o incluso negando} postergando/los derechos de los demás. ~~E~~ Y nuestra historia actual

(3) ~~XX~~ Ver Marcos 12,28-34.

(4) Ver Éxodo 20,1-21 y Marcos 10,17-19.

(5) Gálatas 4,4-5.

(6) I Juan 4,20.

(7) I Juan 3,17

(8) Ver Mateo 25,31-46.

ilustra demasiado bien la gravedad de este riesgo. Por eso la tradición bíblica no nos habla abstractamente de "los derechos del hombre", sino concretamente, en cada contexto histórico y social, de "los derechos de la viuda y el huérfano, del asalariado y del afuerino"⁽⁹⁾. Por eso el mismo Jesús nos explica que "amar al prójimo próximo" significa "aproximarnos" al hombre de otra idea o de otra clase que yace herido y despojado a la orilla del camino⁽¹⁰⁾; significa ponernos al servicio de los que padecen hambre, de los que no tienen cómo protegerse de los elementos, de los encarcelados⁽¹¹⁾. Todo esto se nos pide, no como un consejo para ser buenos, sino como exigencia impostergable del "reinado de Dios y su justicia". Porque Dios mismo se nos ha revelado históricamente como el Liberador de su pueblo oprimido, como el Defensor del derecho de los desvalidos, como el verdadero Rey de Israel que hace justicia a los pobres y los humillados del pueblo⁽¹²⁾. Por eso el mismo Jesús proclama bienaventurados a los pobres y los perseguidos, porque ya llega el reinado de Dios a restablecer la justicia e inaugurar un nuevo orden de vida y convivencia entre sus hijos.⁽¹³⁾ Por eso los "signos" por excelencia del Reino que llega los muestra Jesús en su propia convivencia con los pobres y los marginados de la sociedad de su tiempo, para anunciarles en concreto la buena nueva de su liberación⁽¹⁴⁾. Haciendo esto, Jesús es consciente de que está desafiando a los criterios y los grupos dominantes en su tiempo, exponiéndose a ser motivo de escándalo y a padecer la persecución, porque sabe que está tratando de "poner de pié a un mundo al revés"⁽¹⁵⁾. Por eso la Iglesia, para dar testimonio de ese Dios y continuar la misión de ese Cristo, debe acreditar su mensaje con los mismos "signos": echando sus raíces entre los pobres y marginados de nuestra tierra, actuando en la defensa y promoción de los derechos de los desvalidos de nuestra sociedad, dispuesta por ese motivo a no ser tratada mejor que su Maestro.

3. EL DERECHO FUNDAMENTAL A LA VIDA: DERECHO DE TODOS A DESARROLLARSE COMO HOMBRES Y A PARTICIPAR EN UNA CONVIVENCIA CADA VEZ MAS HUMANA

En la Biblia y en la tradición cristiana, el derecho más fundamental, que envuelve a todos los demás, es el derecho a la vida. El Señor mismo es

(9) Ver el Éxodo, el Deuteronomio, los Profetas y los Salmos.

(10) Lucas 10,25-37

(11) Mateo 25,31-40.

(12) Ver Éxodo 1 - 3; 22,20-26; Deuteronomio 10,17-19; Isaías 11,1-9; Salmos 9 - 10, 72 y 82.

(13) Ver el Sermón de la Montaña, en Mateo 5 - 7 y Lucas 6.

(14) Ver Lucas 4,16-21 y 7,18-23.

(15) Es lo que proclama María, cuando canta la misericordia que su pueblo recibe del Señor, el que "depone de su trono a los poderosos y levanta a los humildes, colma a los hambrientos y despide vacíos a los ricos"(Lucas 1,52-53).

4

el Dios Vivo, fuente de la vida, y por eso toda vida es sagrada. Pero no se trata de la vida que consiste sólo en sobrevivir biológicamente; sino de la vida que es crecimiento, desarrollo integral como persona y comunidad de personas, acceso a la plenitud de la libertad y del amor, hasta el regalo de la amistad con el mismo Dios y Padre de Jesucristo⁽¹⁶⁾. La Biblia no separa las necesidades materiales de la vocación espiritual del hombre, ni la vida personal de la convivencia de la comunidad humana. La "bendición" y la "paz" que Dios promete a sus hijos, consisten en la convivencia de hermanos y amigos, que comparten en plena confianza y comunión los bienes y el gozo mismo de la vida, en los que pueden palpar el "sacramento" de la presencia de Dios con ellos⁽¹⁷⁾. Por eso el Dios del Reino se nos presenta como el restaurador de la justicia en favor de los pobres y los marginados, a quienes la sociedad niega el acceso a los bienes necesarios para el desarrollo de la vida humana y la participación ~~en~~ en la comunidad. Por eso en la actividad mesiánica de Jesús, como en la vida de la Iglesia que lo sigue, no hay distinción clara ni límites tajantes entre los gestos y palabras más "sagrados", que significan el perdón y la vida de Dios comunicados a los fieles, y los gestos y palabras más "humanos", que significan la fraternidad que se restaura entre los hombres, que comparten el alimento o que devuelven la salud⁽¹⁸⁾. Y por eso la Iglesia de hoy, para continuar el ministerio de Jesús y dar testimonio del Dios de la vida en nuestra realidad, debe apoyar todo lo que ayude al desarrollo integral de los hombres y de los pueblos, partiendo por los más pobres y marginados, y debe oponerse a las fuerzas del egoísmo, la prepotencia y la crueldad. Estas son las fuerzas del pecado y de la muerte, las que, partiendo del corazón de los hombres, cristalizan en sistemas sociales que excluyen a los semejantes de las oportunidades de crecer como personas, desgarran la convivencia humana, y por lo mismo, arrancan al hombre de la comunión con el Dios Vivo.

(16) Ver PABLO VI, El Desarrollo de los Pueblos, 20-21; MEDELLIN, Introducción a las Conclusiones, 4-6.

(17) Ver Deuteronomio 28,1-14; Jeremías 31,10-14; Salmo 122.

(18) Ver Mateo 8 - 9; Hechos 2,42 - 3,10.

4. LOS MEDIOS PROPIOS DE LA IGLESIA: LOS DE SU MISION PROFETICA, COMO ANUNCIO Y DENUNCIA

La Iglesia tiene, pues, en su misma fe, sus propios motivos para defender el derecho de los desvalidos, y para promover el derecho de todos a una vida y una convivencia más humanas. Pero además, tiene también sus propios medios, que son los de su misión profética. En el Antiguo Testamento, los Profetas son los hombres conscientes como nadie de la realidad y la vocación de su pueblo, y por lo mismo, conscientes como nadie de la presencia liberadora y justiciera de Dios en esa realidad. Ellos son alumbrados y alentados por el Espíritu de Dios para proclamar al pueblo la acción y el llamado de Dios en el hoy de su historia. Lo hacen recordando las intervenciones de Dios en el pasado y sus promesas para el futuro, y llamando al pueblo a volver a la alianza contraída con su Dios. Los Profetas anuncian el proyecto y la voluntad de Dios para su pueblo: el reino de la justicia; del amor solidario con los semejantes; del reconocimiento del Señor, al mismo tiempo cordial y consecuente en la práctica de su justicia. Por lo mismo, los Profetas también denuncian al pueblo (y principalmente a sus jefes y responsables) sus pecados, que son el obstáculo para el proyecto de Dios y el rechazo de su voluntad: la injusticia y la explotación de los débiles, la prepotencia dominadora, la corrupción del culto para adorar las fuerzas de la naturaleza y los poderes de este mundo. ⁽¹⁹⁾ El mismo Jesús anuncia su mensaje con las palabras del Profeta Isaías, como la Buena Nueva de la liberación de los pobres y de los oprimidos ⁽²⁰⁾. En el Sermón de la Montaña presenta el programa del reinado de Dios que con él llega, explicando que trae la bienaventuranza a los pobres y marginados, y un orden nuevo de convivencia fraterna y de confianza ilimitada en el Padre ⁽²¹⁾. Por lo mismo, Jesús también denuncia la ambición mezquina y la falsa seguridad de los ricos, la hipocresía de

(19) Ver Amós 5,7-13; 8,4-8; Isaías 1.10-28; 5, 8-13; 10, 1-2; Miqueas 6, 1-8.

(20) Ver Lucas 4 y 7.

(21) Ver Mateo 5 - 7, y Lucas 6.

los líderes religiosos, los cálculos y la dominación de las Autoridades de este mundo⁽¹²⁾. Jesús y sus Apóstoles, como los Profetas de Israel, hablan públicamente a su pueblo, sin otro criterio que la voluntad de Dios ni otra fuerza que la autoridad de su Palabra. La Iglesia, conducida por el Espíritu de Cristo, debe continuar la misión profética de su Señor entre los pueblos de la tierra: anunciando el Reinado de Dios, y denunciando todo lo que se le opone en el corazón de los hombres y en la ~~extremada~~ mentalidad imperante y las estructuras de la sociedad⁽²³⁾. Así lo ha hecho la Iglesia - con su fidelidad y con sus fallas - desde los Apóstoles y los Padres de la Iglesia antigua; así lo ha hecho, desde los primeros misioneros y obispos de la Iglesia en América Latina; y así lo sigue haciendo hoy entre nosotros⁽²⁴⁾.

5. MISION PROFETICA, MEDIANTE LA PALABRA Y LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS PARA EL PUEBLO

El anuncio y la denuncia propios de su misión profética, debe cumplirlos la Iglesia no sólo con sus palabras, sino también con sus hechos. Los Profetas hablaban a su pueblo no sólo predicando, sino también haciendo gestos que llamaban la atención y que luego eran explicados por su palabra. Más aún, la manera de vivir y la persona misma del Profeta, pasaba a ser un signo cuestionador para el pueblo. El mismo Jesús, no sólo predica la llegada del Reino, sino que lo hace presente y lo muestra por su conducta diaria y sus gestos públicos. Él convive con los pobres y marginados, asume su situación y despierta su dignidad y su esperanza; y para hacer esto, prescinde de los prejuicios, las normas y las estructuras que imperan en su mundo. Aunque lo primero en el mensaje de Jesús es el anuncio de la Buena Nueva y el llamado a la conversión, esa misma conducta suya, es entendida como denuncia e incluso provocación por los que detentan en esa sociedad la riqueza, el saber y el poder. Así, Jesús, el testigo por excelencia del amor misericordioso del Padre por todos sus hijos, no puede evitar la ambigüedad de su imagen y resulta de hecho "signo de contradicción" para su pueblo. La Iglesia, como comunidad de los discípulos de Jesús, continúa la misión del Maestro no sólo predicando el Evangelio de palabra, sino dando testimonio con su vida y su servicio al hombre⁽²⁵⁾. Antes de "decir" el Evangelio de Jesús, debe "mostrarlo", por sus gestos en favor de los pobres y los que sufren, y por su misma convivencia, los que

(12) Ver Mateo 6, 20 (vs. 20-28) y 23.

(13) Ver PABLO VI, El Anuncio del Evangelio, especialmente los nn. 18-19 y 29-31.

(24) Ver OBISPOS DE CHILE, Orientaciones Pastorales: La Iglesia, 1976. Allí se reafirma la misión profética de nuestra Iglesia en el Chile de hoy, al plantear el "objetivo general" de "lograr que la Iglesia, animada por el Espíritu Santo y unida por él en torno a Jesucristo y a sus pastores, independiente de todo poder terreno, respetuosa de la dignidad de cada hombre, solidaria especialmente con los pobres y los que sufren, afirme la verdad; sirva la justicia y aliente la esperanza; viviendo el Evangelio y anunciándolo a todos los hombres."

van realizando ya en forma práctica y significativa la liberación, la igualdad y la solidaridad del Reino de Dios entre los hombres. Así lo ha hecho la Iglesia - con su fidelidad y con sus fallas - a lo largo de la historia, pagando también - como su Maestro - el precio de la ambigüedad y las persecuciones; y así lo hace hoy entre nosotros.

6. MISION Y RESPONSABILIDAD DE TODA LA IGLESIA

Al hablar, en los párrafos anteriores, de lo que hace y debe hacer la Iglesia para cumplir su misión profética, nos referimos a toda la Iglesia: a los pastores, a los religiosos y a los cristianos laicos; a cada persona y a cada grupo en su nivel, y al conjunto orgánico de la comunidad eclesial. Los obispos tienen la responsabilidad de reconocer y evaluar a la luz del Evangelio la acción de las distintas personas y grupos, y de coordinarlas para su mayor pureza y eficacia. Muchas veces les corresponderá a ellos hablar y actuar como portavoces autorizados de la Iglesia y voz de los sin voz. Pero esto no significa que se pueda descargar en los obispos toda la iniciativa y toda la responsabilidad de la misión profética de la Iglesia. Por el contrario. También "los presbíteros, juntamente con toda la Iglesia y en la medida de sus posibilidades, están obligados a adoptar una línea clara de acción cuando se trata de defender los derechos humanos... no solamente en el orden individual sino también en el social; acerca de lo cual han de ayudar a los laicos a formarse una recta conciencia propia"⁽²⁵⁾. También los religiosos y sus comunidades, por su misma consagración a Dios, han de mostrar mediante su manera de vivir y sus hechos que nuestro Dios es el Dios de los pobres y el Dios de la vida, que se nos revela y nos compromete en la historia de nuestro pueblo⁽²⁷⁾. Pero también "sería un error gravísimo considerar la denuncia profética como un testimonio exclusivo de los obispos, los sacerdotes y los religiosos... Todo bautizado en la Iglesia tiene sus responsabilidades incontestables, y sobre todo en el campo de las violaciones de los derechos humanos, los laicos deben comprometerse generosamente en la denuncia, acompañándola con una acción constante y coordinada, para que sus palabras no sean vanas, sino representen más bien un testimonio eclesial con carácter comunitario"⁽²⁸⁾. Por último, dentro de la misma Iglesia, como comunidad jerárquicamente organizada, corresponde muchas veces a personas y grupos el cumplir un servicio profético interno. Lo pueden hacer mediante palabras y actitudes que cuestionen en nombre del Evangelio las formas y las prácticas de la convivencia eclesial y del servicio de la Iglesia al hombre. También este ser-

(25) Ver PABLO VI, El Anuncio del Evangelio, los nn. 21-22 y 41-42.

(26) SÍNODO DE LOS OBISPOS, Roma, 1971.

(27) Ver PABLO VI, La Renovación de la Vida Religiosa (1971), y los Documentos de la CLAR.

(28) COMISION PONTIFICIA "JUSTICIA Y PAZ", La Iglesia y los Derechos del Hombre, n. 84.

2

vicio profético interno, es normal que sea signo de contradicción. Está llamado a remecer la convivencia tranquila de la comunidad, llamándola a crecer en conciencia y compromiso, y a caminar hacia una unidad más verdadera, en el seguimiento de Jesús y el testimonio de su Evangelio para la vida del mundo.

Santiago, Octubre de 1978